



**Cristina Beatriz Fernández**  
*José Ingenieros y las escrituras de la vida. Del caso clínico a la biografía ejemplar*  
 Mar del Plata  
 EUDEM  
 2014  
 160 páginas

Pablo Martínez Gramuglia<sup>1</sup>

### Una clave para leer a Ingenieros: las escrituras de la vida

En muchos trabajos de historia intelectual, la pregunta por la forma aparece como un imperativo que, más que oportunidad para ampliar las hipótesis sobre un determinado objeto, es un fetiche que acompaña el estudio “de verdad”, es decir, el establecimiento de influencias, la clasificación en tal o cual escuela, la contextualización de las ideas, el juicio sobre una doctrina en términos de su acercamiento a un modelo ideal previamente elaborado por el historiador o alguna otra de las formas “mitológicas” de la narrativa histórica.<sup>2</sup> En el caso de *José Ingenieros y las escrituras de la vida*, en

cambio, la propuesta es acercarse al pensamiento del positivista argentino (nacido en Palermo, Italia, en 1877) a partir de un recorte casi genérico, el de “las formas de lo biográfico que, en distintas modalidades, estaban dispersas” en su obra, “desde sus libros de psiquiatría o sociología hasta la *Revista de Filosofía*” (7). Fragmento y reelaboración de una tesis de doctorado de la Universidad de Córdoba sobre las relaciones entre literatura y ciencia, el texto se organiza en seis capítulos sólidamente entramados que, si bien en algunos casos tienen un ordenamiento cronológico, al mismo

<sup>1</sup> Licenciado en Letras (UBA) y Especialista en Ciencias Sociales (UNLU). Mail de contacto: pmgram@gmail.com.

<sup>2</sup> Uso el término retomando los ya clásicos planteos de Quentin Skinner, para quien las cuatro

“mitologías” que establece (de las doctrinas, de la coherencia, de la prolepsis y del localismo) son “tipos de absurdo histórico” motivados por el afán de “estudiar sólo lo que cada autor clásico dice” (2000: 152).

tiempo formulan distintas entradas críticas en el conjunto de la producción de Ingenieros, privilegiando aspectos específicos en cada caso.

En el capítulo introductorio, Fernández sitúa al autor y problematiza las relaciones entre escritura literaria y escritura científica en el cambio de siglo argentino, bajo el signo del positivismo científico, cuya influencia en el país lo llevó a constituirse como una “religión laica” sobre la base de la exaltación “romántica” de la ciencia y la construcción de una moral moderna (16-17). La escritura de casos clínicos, tanto de patologías psiquiátricas en general como de delincuentes en particular (Ingenieros estuvo a cargo del Servicio de Observación de Alienados de la Policía Federal y enseñó criminología), resultó en su caso un laboratorio para el despliegue de recursos de la ficción literaria. A partir de un objeto de estudio particular, el *caso* (médico, psiquiátrico, policial), se realiza el desplazamiento del saber de la medicina de la salud individual al orden social, cuyas fallas empiezan a ser concebidas entonces como “enfermedades”. La *escritura de una vida*, como propone llamar Fernández al amplio arco que va de los estudios clínicos a la autobiografía, resulta así una herramienta para el conocimiento psiquiátrico, criminalístico, sociológico, histórico y filosófico.

El segundo capítulo se enfoca en una particular obsesión de la época: la preocupación por los “simuladores”, quienes, cuando se trata de personas que han cometido delitos, ponen a prueba la utilidad del saber médico como auxiliar de la justicia. La indagación psiquiátrica se torna entonces una lucha de astucias entre el científico y el sujeto de estudio, que

finge locura para escapar de las penas legales. Además, en la escritura de Ingenieros, la simulación se presenta como una forma avanzada del mimetismo natural, recurriendo para su explicación al evolucionismo darwinista; de modo simultáneo, este amplía su “contexto de aplicación” de la biología a la cultura.<sup>3</sup>

Un caso aparte, analizado en el capítulo V, “La biografía de un héroe... inaceptable”, es el de uno de los más famosos delincuentes de la historia y la literatura argentinas, Juan Moreira, para cuyo estudio Ingenieros se mueve entre el documento y la ficción. Preocupado por el carácter heroico que el personaje ha ido tomando en la cultura argentina, el ya respetado psiquiatra pronuncia en 1910 una conferencia (cuyo resumen será luego publicado) destinada a refutar ese carácter, sobre la base de los documentos policiales y judiciales, y a convertirlo en un diagnóstico: “amoral congénito', 'delincuente nato' adaptado al ambiente gaucho” (100). Ahora bien, Fernández confronta esa conferencia con una gran cantidad de otros textos suyos sobre la sociedad argentina, para analizar el más amplio fenómeno del moreirismo, mito local en el que algunos veían claves de la siempre esquiva identidad nacional. Discutiendo versiones telúricas como la de Ricardo Rojas, Ingenieros propone una identidad forjada de modo central por un componente étnico, y por lo tanto celebra el proyecto oligárquico de europeización del país, abogando por su continuación. El moreirismo supone un riesgo para ese proyecto de mejoramiento racial de la Nación, una “regresión atávica” a un estado social que se concibe como afortunadamente transitorio. El evolucionismo de la biología, traspasado a

---

<sup>3</sup> Fernández toma el concepto de “contexto de aplicación” de Klimovsky 1995.

las ciencias sociales, se convierte en la obra de Ingenieros en un determinismo que augura para la Argentina blanca un futuro contrario a cualquier exaltación del gaucho malo.

El resto del libro está destinado a biografías de contenido edificante, pensadas como modelos morales para la juventud argentina: las vidas ejemplares de los intelectuales que se publicaron en la revista que Ingenieros fundó en 1915 y dirigió y financió hasta su muerte diez años después, la *Revista de Filosofía, Cultura, Ciencias y Educación*. Muchas veces discursos de ocasión, como elogios fúnebres u homenajes académicos, se volvían oportunidades para presentar vidas de científicos, escritores, educadores y filósofos cuyo compromiso ético y su acercamiento al saber en tanto clave del bienestar colectivo los convertía en una especie de figuras venerables de esa religión laica, que en la Argentina del Centenario se combinaba con la otra religión laica instaurada por el Estado, más popular e inclusiva: el nacionalismo. Por ejemplo, según la autora, “[...] la figura de [Eduardo L.] Holmberg encarna una concepción de la ideología nacional, unificada por una directriz de laicismo y tolerancia que emana de su saber científico y que se convierte en un 'credo'” (66).

Así, en el modo en que Ingenieros delinea a esos héroes morales, apóstoles intelectuales de la patria todavía en vías de formarse, Fernández releva cómo torna esas biografías “en una suerte de *tratado moral*” (73), remitiendo a la vez a los tópicos ya establecidos para el género desde el siglo XVIII, de manera tal que exhibe el contenido de “la forma biografía”. La superioridad moral de las figuras seleccionadas que, “aunada a la imaginación creadora, es la clave de bóveda de su definición de *genio*” (79), fuerza un desplazamiento de los logros

disciplinarios específicos (científicos, filosóficos o literarios) a la personalidad integral de los biografiados, cuya vida modélica puede ser narrada como una hagiografía, “efecto paradójico del proceso de secularización” (88).

La última vuelta de tuerca a ese modelo es la analizada bajo el título de “Autofiguras”, donde la crítica marplatense recoge las huellas de una autobiografía fragmentaria, dispersa en las biografías ajenas horadadas por “una suerte de *pulsión autobiográfica*” que contamina “la objetividad e impersonalidad típicas de esas formas textuales” (111). Dos figuras centrales, las de Florentino Ameghino y José María Ramos Mejía (con quien lo une una relación de maestro-discípulo), le permiten a Ingenieros construir una figura de autor que, como el segundo, se desplaza de modo permanente entre diversos campos disciplinarios: las ciencias médicas, la biología, la sociología, la historia, la filosofía, la psiquiatría y la literatura. Pero, al igual que el primero, hace de la ciencia el mayor sostén de su legitimidad, dando lugar a una de las figuras más acabadas del nuevo tipo de intelectual que se consolida a comienzos del siglo XX: el científico. Para ello, como explica Fernández, Ingenieros tiene que realizar diversas operaciones estéticas e ideológicas con sus biografiados, poniendo el énfasis en la ética del sabio y la capacidad de trabajo, entendido como escritura y publicación constante. También en sus crónicas de viaje y en sus retratos de artistas e intelectuales, Ingenieros se “autofigura” como un *fumista*, un provocador frente a las convenciones sociales cuyas características, paradójicamente, lo acercan a los simuladores que representan un riesgo para el orden social. Pero la *fumistería*, en la escritura del positivista argentino que

retrata a Max Nordau o a Jaime de Borbón, entre otros, resulta una manera de “distinguirse, en tanto individuo, de las masas indiferenciadas”, “otra forma del aristocratismo intelectual y moral” (124-125).

Las escrituras de las vidas que realiza Ingenieros remiten entonces a un sólido proyecto intelectual, de largo aliento y prolongado, con sus variaciones, en el tiempo. En ese recorte genérico concreto y a la vez amplio, Fernández puede leer con pericia los aspectos salientes de una figura central de la vida intelectual argentina, sin limitarse a glosar los contenidos de su obra ni a establecer conexiones exclusivamente conceptuales, sino indagando en los diversos sentidos de

una forma de la escritura que, como práctica y como producto, acompaña casi toda su carrera. Haber reparado en eso y estudiarlo en detalle, en tanto clave para acceder al pensamiento de Ingenieros, es la primera de las certeras hipótesis del libro.

#### **Referencias bibliográficas**

- Klimovsky, Gregorio (1995). *Las desventuras del conocimiento científico. Una introducción a la epistemología*. Buenos Aires: A-Z Editora.
- Skinner, Quentin (2000). “Significado y comprensión en la historia de las ideas”. *Prismas. Revista de historia intelectual*, 4. 149-191.